

LA LENGUA MATERNA

(Del libro *Educación nacional*)

Uno de los factores más grandes de patriotismo, y a la vez uno de los más eficaces elementos educativos, está en el cultivo de la lengua materna. Se ha llegado a decir que la lengua es la patria, y Faguet equipara al gramático con el patriota. «Es de observar, dice, que en la época en que un pueblo es próspero, fuerte y glorioso, es también la época en que, particularmente orgulloso de su lengua, la vigila con más celosa severidad, queriéndola pura y bella. Esto es una verdad respecto de Atenas, de Roma, de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de España. En este orden de ideas, el gramático es un patriota, y en su grado, un padre de la patria» (1).

Se ha discutido si el estudio de la gramática ha de empezar por el de la lengua nativa, o por el de otra lengua extraña. En Roma el estudio del griego precedió al estudio del latín, y fue esta última lengua la que tuvo la prelación en las universidades y colegios desde la aparición de las lenguas romances hasta bien entrado el siglo XVIII. Fue aquel heroico fundador de las escuelas públicas primarias, San Bautista de la Salle, el que en su cristiano celo por educar e instruir a las desvalidas e ignorantes clases populares, echó a un lado la enseñanza del latín en los primeros estudios y lo reemplazó por el directo aprendizaje de la lengua materna.

Los pocos que sostienen la tesis, ya vencida en la práctica, de que el estudio de la lengua madre, el latín, debe principiar antes que el de la propia lengua, alegan con muy buenas razones que de esta manera es como

(1) Emifio Faguet—*Los diez mandamientos, La patria.*

se forma de un modo preciso lo que se llama la *conciencia del lenguaje*. En efecto, los que sólo conocen la lengua nativa la emplean como un vehículo único de expresar los conceptos, irreflexivo y espontáneo. Toman éstos las palabras por las ideas, y confundiendo unas con otras, nunca alcanzan a ver el fondo de las cosas. La comparación de una lengua con otra enseña a mirar los vocablos como móviles, frágiles y más o menos transparentes velos que ocultan las ideas, y que de una lengua a otra no sólo varían de forma sino de género. Además la admirable contextura de la lengua latina amaestra el espíritu con el ordenado y sencillo encañamiento de los conceptos, y con justicia puede considerarse como una especie de gramática general que ayuda de un modo maravilloso para el análisis dialéctico de las otras lenguas. El estudio de las proposiciones latinas, en el tratado magistral de Caro y Cuervo, es una especie de breve compendio de lógica, en que aparecen deslindados con mucha exactitud las proposiciones que dependen del entendimiento y las que sólo se refieren a la voluntad, y ese estudio sirve como de guía para la comprensión de la sintaxis de otras lenguas.

El poderoso avance democrático de los tiempos que atravesamos no permite sin embargo que la enseñanza de la lengua materna principie por el de la lengua madre, sobre todo en las escuelas primarias, cuya organización ha tomado direcciones opuestas y aun contrarias a la que antes tenían, y en donde el factor económico en la educación pugna por imponerse por sobre cualquier otro ideal más noble y luminoso. Y aquí cuadra citar unas palabras del célebre profesor argentino C. O. Bunge, quien sin reticencia alguna sostiene la desoladora y mezquina tesis que acabamos de enunciar:

«Esta crisis universal de la enseñanza tiene un marcado carácter económico. Se propone, ante todo, tática

o expresamente, desarrollar las aptitudes económicas del individuo y mejorar las condiciones económicas de la sociedad. Sin disfraces o símbolos religiosos o éticos, la firme y cruda preocupación de la riqueza parece primar sobre otras preocupaciones. Diríase que, en su esfera, cada pensador brega hoy por hallar los medios de mejorar las condiciones económicas de su patria, convencido de que en tal trabajo propende a su progreso. En Alemania, Carlos Marx, Schmoller, Paulsen; en Francia, Leroy-Beaulieu, Tarde; Ferri y Loria en Italia; Adán Smith, Stuart Mill, Spencer, en Inglaterra, cada uno desde su personal punto de vista levanta, directa o indirectamente, como enseña de todos los adelantos, la enseña de la riqueza. Relaciónanse todas las cuestiones políticas a sociológicas a la economía, y entre todas acaso ninguna más especialmente que la educación. La educación, que hace el porvenir, debe formar la riqueza del porvenir: tal es el lema, franco o velado» (1).

La lengua de un pueblo es un diáfano molde en que se vacía su pensamiento; es el vehículo espiritual de sus creencias, tradiciones, anhelos y esperanzas; es el horno ardiente de su patriotismo; constituye el alma misma de la nación, identificándose con su historia, en la cual se confunden los remotos orígenes de la una con los de la otra. Si es verdad que una multitud de factores como el clima, la raza, las vicisitudes de cada país determinan en éste una manera peculiar de ver y sentir las cosas, no lo es menos que cada lengua con el ondulante giro de sus propias construcciones y la variedad de sus modismos encauza, dirige y da colorido y realce al pensamiento de las agrupaciones enlazadas por la comunidad de origen y por los lazos reli-

(1) C. O. Bunge—*La educación*.

giosos y políticos. El pensamiento alemán, el pensamiento francés, el pensamiento español, es la lengua de cada una de estas antiguas naciones. De aquí la enorme influencia de la literatura propia en las costumbres y relaciones sociales, y la necesidad de ennoblecerla y depurarla y darle brillo como medio civilizador de alcance extraordinario. «Identificándose con la literatura, dicen Miguel Antonio Caro, la lengua intima relaciones con el estado social y político de los pueblos.»

La lengua es la patria, se ha repetido. Se nos dirá que hay naciones que hablan lenguas distintas, y que a pesar de ello su unidad política no ha sufrido quebranto, como España. Pero hay que tener en cuenta que si bien es cierto que algunas provincias de la Península hablan otras lenguas que la castellana, no es menos verdadero que ésta las cobija a todas con su clámide imperial y que son sus monumentos filosóficos y literarios los que han logrado que España no se confunda en sus producciones intelectuales con ninguna de las otras naciones del globo.

En los días infortunados en que un país mira como inminente la pérdida de su independencia, o en que tristes presagios anublan sus horizontes, es cuando la defensa nacional principia por un toque de llamada en torno de los más altos y antiguos sillares de la literatura patria. Constitúyese ésta entonces como el más precioso símbolo de la soberanía, y poetas y filósofos luchan con tesón por conservarla en su primitiva belleza y sencillez. Más que montes encumbrados, anchurosos ríos e inexpugnables fortalezas, sirve la lengua como baluarte diamantino contra las amenazas de los pueblos expansivos e invasores.

Ni la gloria de las armas, ni los triunfos de la diplomacia alcanzan a realizar los milagros de patriotismo que realiza una lengua. El verdadero represen-

tante de la nacionalidad portuguesa es Camöens. Es este poeta el que con solo su lira de oro se presenta como una montaña roquera entre Portugal y España. «Jamás, desde Homero, dice Federico Schlegel, poeta alguno ha sido tan honrado ni amado de su patria como Camöens; de modo que todo lo que esa nación, decaída de su gloria en la época inmediata al mismo, ha conservado de sus sentimientos patrióticos, se enlaza con este solo poeta, que puede con justo título hacernos las veces de otros, y aun de una literatura entera» (1).

Pero el ejemplo más elocuente de lo que puede el vigor de una lengua para mantener vivo el sentimiento de la nacionalidad es el de Polonia, tres veces despedazada por sus ambiciosos y arteros vecinos. Las continuas disenciones de la nobleza en este país lo habían conducido a un período de largos trastornos y anarquía suscitados y mantenidos hábilmente contra la próspera nación eslava. Al fin la pérfida Catalina de Rusia, Federico II de Prusia, viejo amigo de Voltaire, y María Teresa de Austria resolvieron en 1772 el reparto de la católica nación polaca, con asombro de todos los pueblos civilizados de Europa. Sólo Voltaire, con viles y lacónicas expresiones de la más baja adulación, alabó el inaudito despojo de Catalina y Federico, en tanto que María Teresa proclamaba a todas voces su inocencia y su error. Pero vanos fueron los esfuerzos de los polacos, vanos sus ejemplos de valor y sacrificio, vana la sangre que a torrentes corrió por las calles de Varsovia. Ahogados unos en el río, muertos otros a manos del cruel enemigo, prisioneros otros, muchos fueron a pagar en Siberia su amor a la patria. El último profundo grito de dolor lanzado por la expirante Polonia sonó

(1) Federico Schlegel—*Historia de la literatura*.

en todos los ámbitos del mundo, pero todo estaba consumado. *La paz reina en Varsovia*, fue la última palabra puesta sobre el sepulcro de Polonia vencida. Kosciusko, el más grande héroe polaco, perdida ya toda esperanza, sólo deseaba morir combatiendo al lado de Washington; pero acabó solitario y pobre en una casita cerca de Fontainebleau. Sus restos fueron depositados más tarde en la catedral de Cracovia, entre Juan Sobieski y José Poniatowski, y su sepulcro quedó como un recuerdo glorioso y una esperanza para los polacos.

Sin embargo, ni la fuerza que Rusia y Austria ejercían sobre la vencida nación eslava fueron bastante a menguar su celo religioso ni a destruir el amor a su lengua, y a pesar de que a los niños les era prohibido hablar en las escuelas la lengua nativa, los cantos gloriosos de sus antepasados y la memoria de sus hechos ilustres mantuvieron unida y vigorosa la recia textura moral y política de su nacionalidad, que hasta hace poco tiempo no era más que una simple expresión geográfica.

Polonia ha vuelto a levantar ahora sus libres enseñas en la tierra bañada en otro tiempo con la sangre de los soldados de Sobieski y de Kosciusko. Los cantos elegíacos de sus poetas deben convertirse en cantos de victoria. Siglo y medio había pasado desde el día en que sus guerreros quedaron tendidos en el suelo sagrado con la mirada fija en sus viejas catedrales; siglo y medio en que jamás pasó un minuto sin que los polacos dejasen de llorar su libertad y aspirasen a recobrarla. Pero en medio de las angustias del cautiverio la música inefable de sus violines encantados, la lira de sus poetas, la magia de sus escritores, habían engrandecido la producción artística y hecho más sólido el pensamiento polaco. Salve, Polonia!

La lengua es el espejo fiel del estado de adelanto de los pueblos y de sus condiciones físicas y climatéricas. Es nebulosa y pesada en los pueblos del norte de Europa, en donde predominan las perpetuas nieves, y ágil, dulce y muelle en los países del mediodía, como Italia, bañados por un sol ardoroso, en que la transparencia de la atmósfera y los naranjeros en flor convidan al *dolce far niente*. En las épocas oscuras y batalladoras, en que las naciones van saliendo de la penumbra que las envuelve y tomando contornos marcados, como los astros desprendidos de una nebulosa, la lengua es áspera y ruda; en las épocas de refinada civilización aparece aristocrática, limpia y pulida, y en los tiempos de decadencia, en que un idioma no tiene suficiente cohesión para expeler los barbarismos neológicos y el solecismo invasor, se afea, corrompe y degrada.

La grandeza de los países corre paralela con el siglo de oro de su literatura, en que grandes escritores se presentan a un tiempo como a milagroso conjuro, y es entonces cuando se levantan los armónicos y duraderos monumentos de una lengua. Fue en el reinado de Pericles cuando Atenas se elevó a su mayor altura, no tanto por su poder marítimo y militar, cuanto porque en ese momento desplegó todas las sutilezas de su gracia y todas las fuerzas de su inteligencia. En las guerras médicas ella sola se había hecho acreedora a la gloria. Ella sola había vencido en Maratón; en Salamina ella también había uncido por la persuasión a los aliados al carro del triunfo; ella únicamente había alcanzado los laureles de Micala, y había ayudado con sus socorros al éxito de Platea. Con razón decía Pericles: «Nuestra juventud pereció en el combate; el año ha perdido su primavera.»

En esa época, única en la historia del pensamiento humano, vagaban libres las naves de Atenas por entre

las risueñas y encantadas islas del archipiélago. Sus colonias le daban bajeles y oro en vez de guerreros; todos los hijos de Grecia se enlazaban por los vínculos espirituales de la literatura y la filosofía, y en tanto que Fidias labraba la estatua de Minerva, Pericles disertaba sobre las letras con Eurípides y Sófocles, y escuchaba las no adivinadas concepciones de Sócrates sobre la Divinidad, en vísperas de que aparecieran los dos más grandes y brillantes lumineros del firmamento intelectual: Platón y Aristóteles.

La elegancia, nobleza y brillo que en la monarquía de Luis XIV mostró la lengua francesa sólo puede compararse con el esplendor y grandeza de la corte del Rey Sol. Un solo nombre, el de Bossuet, bastaría a ilustrar tan célebre reinado. En la oratoria sagrada aún continúa ejerciendo el prestigio de su palabra, sin que nadie lo haya superado hasta ahora. A las glorias de Turena y de Condé se ha de añadir el teatro colmado de espectadores, en que aún no se han acallado los prolongados aplausos a Corneille, Molière y Racine; y no se borrará de los anales literarios la *alameda de los filósofos* en que paseaban Fenelón, Fleury y Lá Bruyère (1).

Alemania se encumbró con Goethe a la eminencia brillante en que el genio domina, con su mirada aquílino, los infinitos horizontes de la mente. A donde el autor de *Fausto* ha subido le será difícil llegar a entendimientos muy privilegiados, y para sentarse siquiera en gradas inferiores al trono donde él impera, sería necesario sufrir en la ascensión muchas veces el vértigo de las alturas. Queremos decir con esto, invocando este solo nombre, que Alemania a penas el siglo pasado alcanzó la edad de oro de su literatura. Jamás número

(1) César Cantú—*Historia Universal*.

tan grande de hombres inspirados y sabios en todos los departamentos de la actividad humana, se ha presentado en una misma época sobre un mismo pedazo de la tierra. Durante el último medio siglo el gran país teutón ejerció en el mundo la poderosa dictadura de su sabiduría, y la continuará ejerciendo, porque Alemania es joven, fuerte y sin vicios. La actividad portentosa de su comercio amenazó con perturbar los valores económicos de otras naciones, y de aquí tal vez las causas de esta sangrienta catástrofe universal que ha traído consigo la revolución en todas las ideas. No es posible que Alemania muera, a pesar de las insólitas condiciones que le ha impuesto el vencedor, y al fin se volverá a levantar tarde o temprano, porque ochenta, cien años o más son el peso de una sombra en la marcha de la humanidad hacia la meta incógnita que Dios le señala.

Las grandiosas fábricas y monumentos materiales con que se señala en determinadas épocas el paso de los pueblos, puede desaparecer, a lo menos visiblemente; lo que no perece nunca son los edificios espirituales que deja una literatura. Así no perecerán Gohete y Schiller. De la armoniosa arquitectura de Grecia tan sólo quedan imperfectas cariátides, rotos capiteles o sencillas columnas truncadas. Todo lo demás ha sido aniquillado por la obra de los hombres, más destructora que la del tiempo. En cambio el inmenso río de sus pensadores y poetas continúa fecundando la inspiración moderna, desde el Renacimiento, en que Grecia resucitó de sus ruinas mutilada, pero no por eso menos joven y hermosa. Ni anfiteatros, ni termas, ni basílicas quedan ya de la Roma de los emperadores; pero viven aún Cicerón y Virgilio y Horacio y Livio y Tácito, y a ellos acudimos en busca de la médula de león de su ciencia.

De cuando en cuando se han dejado oír voces discordantes, en que se insinúa la peregrina idea de que el habla nuestra se separe de la lengua madre, y quede allende los mares el idioma español, peninsular, y se forme en este mundo ibero latino un idioma continental y americano. Tal idea la planteó don Juan María Gutiérrez, escritor argentino de limpia estirpe y castizo estilo, en una carta dirigida a la Academia española. Don Miguel Antonio Caro salió entonces a la palestra y con rápidos, hábiles y diestros golpes de florete, dejó tendido a su esforzado contendor. Hablando de la suerte de nuestra lengua decía: «La castellana, en España y América, habrá de crecer y desarrollarse según las leyes de su vida orgánica, en sentido progresivo y uniforme, encaminándose a mejor perfección; o habrá de transformarse y acomodarse como todo movimiento a las peculiaridades de cada región y cada clima, hasta reaparecer tras largo período de anárquica confusión, en nuevas y variadas formas. La Academia desea lo primero; el señor Gutiérrez no le teme a lo segundo» (1).

Más tarde se suscitó una polémica entre don Juan Valera y don Rufino J. Cuervo. Sostenía éste que la lengua castellana en América estaba como una bella desposada en vísperas de despedirse y abandonar la casa paterna para constituir hogar aparte, aunque esta despedida, añadía, pudiera prolongarse no sólo años sino siglos; a lo cual replicaba el segundo que aún no veía el peligro señalado. Por demás está decir que en esta ocasión los primeros representantes de la literatura colombiana tal vez no estuvieron del lado del señor Cuervo.

¿Y qué razones acreditarían nuestra incuria para no estorbar que la lengua castellana en América entrase

(1) «Americanismo en el lenguaje».—*Repertorio Colombiano*, t. I.

en un período de corrupción y decadencia? ¿Qué le falta al idioma de Cervantes para ser fácil y dúctil conductor de civilización y cultura? ¿Hay acaso lengua alguna que a la lengua castellana le aventaje en riqueza? ¿Alguna podrá ganarle en flexibilidad? ¿Hay por ventura otra más noble y elegante? ¿Queréis el lenguaje severo y preciso de la historia? Pues leed a Mariana, el Tácito español. ¿Os place el estilo filosófico y profundo? Recorred las encendidas páginas de los místicos españoles, y veréis que no hay oscuro rincón de la mente ni ángulo del alma a donde no hayan llegado aquellos buzos prodigiosos con su diáfana linterna. A todo se pliega la suelta, brillante y varia vestidura de la lengua castellana, desde el ondulante manto de oro en que se envuelven *Las ruinas de Itálica* y se recata el puro y reposado pensamiento de Fray Luis de León, hasta la aguda endecha popular de frágil y leve túnica.

Ya el férreo coloso del Norte pisó con sus soldados el suelo europeo y lo empapó con su sangre. Wilson fue declarado ciudadano ilustre de todos los países aliados, y reconocido como árbitro del Viejo Mundo. Su voz se dejó oír al principio en todos los puntos del globo clamando justicia; y hubimos de creer que sus palabras eran sinceras, porque habría sido inadmisibile el concepto de que el Presidente de la gran república fuera el primer actor cómico de un sainete mundial. Pero Wilson no es eterno. El comercio de los Estados Unidos se ha hecho dueño de todos nuestros mercados, y nuestros ricos yacimientos de petróleo están en su poder, según parece, merced a criminales y ambiciosas maniobras de descastados hijos de Colombia. Nosotros no podemos repeler la fuerza con la fuerza, ni enfrentar nuestros cañones a los suyos. Sólo nos queda un medio de defensa, y es el de oponer a un probable peligro de

nuestra nacionalidad amenazada el doble obstáculo de nuestra religión y nuestra lengua.

Es simple cuestión de raza y de supervivencia nacional el que la América entera se úna apretando siempre más los eslabones de su historia. Profesamos todos la misma sagrada religión, que hizo la gloria de nuestros mayores; vivimos todos a la sombra protectora y secular de la república, y por sobre todo, una misma lengua es la rápida misionera de nuestro pensamiento.

Jamás pagará nuestra gratitud la deuda contraída como españoles americanos hacia los modestos varones que han dedicado su vida al estudio, pulimento y cultivo de la lengua nacional. Entre aquéllos es de justicia cederle el primer lugar a don Andrés Bello que con su Gramática erigió un edificio filosófico y filológico de formas muy regulares y artísticas proporciones. Si Bello tuvo remotos inspiradores, como el Brocense, un solo gramático le precedió a poca distancia en su tiempo, don Vicente Salvá, a quien el sabio americano cita con respeto. Por lo demás don Andrés Bello aparece solo y aislado preparando los elementos para su gramática. Su criterio filológico rompió esos moldes antiguos a que se quiso someter por la fuerza la gramática castellana. Su método no es empírico, es analítico y experimental, dentro de los términos rigurosamente científicos de estos dos conceptos. En la consideración de los fenómenos gramaticales prescindió del elemento histórico, aunque no del todo, lo que era imposible, y analizó la lengua castellana como si no hubiera otra lengua.

Mal podríamos nosotros remover con nuestra tosca herramienta de picapedreros la cantera de donde extrajo don Andrés Bello los mármoles para su obra, ni mucho menos hablar del orden geométrico de ellos, lo que hizo

don Marco Fidel Suárez, con maestría de arquitecto, ya que analizó la perfección del monumento; pero a nuestro propósito conviene mirar las cosas desde otro punto de vista.

La pedagogía moderna estudia las ciencias y las artes, no según su inmediata utilidad, sino según su concepto formal, esto es, según los elementos educativos que se derivan de su conocimiento. En este supuesto lo que más le interesa al maestro es el provecho que el alumno pueda sacar de cada ciencia para el desarrollo armónico de sus facultades intelectuales. Clasificados los conocimientos humanos desde este punto de vista, la gramática ocupa un puesto bien superior en la escala. «En el estudio de la gramática, dice el Padre Ramón Ruiz Amado, se halla realmente la mejor introducción al estudio de la lógica, y generalmente de la filosofía.» Para emprender con fruto cualquier género de estudios se necesita partir de clasificaciones exactas. La clasificación de las palabras de la lengua castellana en nueve clases, sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, preposición, conjunción, interjección, artículo, pronombre y participio, no parece estrictamente lógica, e introduce perturbación en el espíritu del estudiante. Bello sólo admite siete partes del discurso, y esta sencilla clasificación presenta desde luego menos dificultades en la morfología. Por eso con mucha justicia observa don Marco Fidel Suárez: «Una buena clasificación gramatical es el primer objeto que debe proponerse el filólogo, porque sin ella no es posible exponer con exactitud los accidentes y variaciones de las palabras. No es el asunto mera curiosidad científica ni abstracción vana e infecunda; porque no es dado exponer el buen uso y corrección del habla en no sabiendo analizar bien las palabras; y este análisis es irrealizable cuan-

do no se posee clasificación perfecta y nomenclatura esmerada» (1).

La clasificación de Bello conduce pues al discípulo a ordenar los conceptos categóricos, no según divergencias accidentales, sino de acuerdo con principios esenciales cuya concatenación se advierte contemplando las cosas desde elevados puntos de observación, y esto amaestra la inteligencia y la dirige, y la menté descubre analogías donde sólo encontraba discrepancias.

Si para ser genio es menester ser creador, don Andrés Bello fue lo primero con la creación de su fácil y sencillo paradigma del verbo castellano. En latín de la raíz del presente de indicativo se derivan los tiempos imperfectos, es decir, los que no presentan como terminada la acción, y de la raíz del perfecto se derivan los tiempos perfectos, los que la presentan como terminada. A la primera serie corresponden el copretérito y el futuro nuéstrros, y a la segunda el pretérito pluscuamperfecto (nuestro antecopretérito) y el futuro perfecto (nuestro antefuturo). Pero esta nomenclatura no tiene explicación ninguna en castellano.

Bello señaló para el indicativo cinco tiempos, canto, cantaré, canté, cantaba y cantaría, y adoptó otra serie de tiempos compuestos formada por los tiempos simples de haber y el participio sustantivado del verbo que se conjuga: he cantado, hube cantado, habré cantado, había cantado y habría cantado. Es una ley de esta nomenclatura que en todo tiempo compuesto hay una relación de anterioridad cualquiera, y así llámolos antepresente, antepretérito, etcétera.

Algunos ilustres pedagogos españoles encuentran ilógico el paradigma del verbo castellano, basado aún en la nomenclatura latina, y muy poco a propósito para

(1) Marco Fidel Suárez.—*Estudios gramaticales*.

sugerir en el alumno ideas exactas sobre nuestra conjugación, a la cual consideran muy inferior a la latina, y sobre todo a la griega. Hubiéranse atendido ellos al fundamental invento de Bello, y hubieran visto con no menos entusiasmo que admiración cómo el verbo castellano poco tiene que envidiar al de otras lenguas por los elementos lógicos que distinguen su nomenclatura.

Pero el primero que trabajó sobre la inmensa copia de los materiales acumulados por don Andrés Bello en su Gramática fue don Rufino José Cuervo. El aditó, enmendó, complementó y en ocasiones impugnó las teorías gramaticales del sabio venezolano, y tal vez las *Notas* del ilustre revisor bogotano han contribuido más que otras cosas al éxito del libro que nos ocupa. Este predilecto hijo de Bogotá se entregó desde su temprana edad al constante estudio de la lengua castellana, y en su continuo, ardoroso y tenaz trajinar con los clásicos españoles llegó a ser tan versado en ellos que tal vez no hubiese encontrado en la Península filólogo que en ello lo aventajase. Como prenda de amor quiso dejar tal hijo una obra útil para sus coterráneos; pero como el hombre propone y Dios dispone, la primera humilde edición de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, hoy verdadera curiosidad bibliográfica, en breve fue tomando tal ensanche que vino a ser, no sólo libro de amena consulta para los bogotanos, sino para todos los letrados, y lo que había sido pobre grano de anís en la mente de su autor mereció el aplauso de un Pott y un Dozy, nada menos.

El señor Cuervo en la primera edición de las *Apuntaciones* era conservador tradicionalista y reaccionario. Desde su cátedra de sabiduría indisputable excomulgaba sin piedad vocablos inocentes que no habían llevado sambenito, ni eran descendientes de moros ni judaizantes, sino parientes desconocidos de puros cris-

tianos viejos. Y dicción excomulgada, o siquiera puesta en entredicho por el severo maestro, así se quedaba en ese tiempo, sin que hubiese nadie que se atreviera a apelar para ante tribunal menos severo e inflexible. Con su larga estancia en el Viejo Mundo el señor Cuervo amplió su criterio ahondando el conocimiento de los dialectos españoles, y estudió a fondo las leyes de la fonética, que antes no conocía. En las *Apuntaciones* había dicho: «Pero en estos combates (los del lenguaje), como en otros, es más decoroso pertenecer al número de los últimos que ceden.» En la quinta edición de las *Apuntaciones*, que más bien son unas contra-apuntaciones, el señor Cuervo se mostró un poco revolucionario en el lenguaje, y ya sólo exigió como sello de los vocablos nuevos la decencia y el decoro.

Las *Apuntaciones* son un verdadero monumento filológico, y ellas señalaron un camino, trazaron un rumbo e imprimieron un movimiento a los cultivadores de la lengua de Castilla. En dondequiera que se hable esta lengua el señor Cuervo ocupará un elevado puesto, y los que aman la prosa rica y elegante tendrán que reconocer en nuestro compatriota un ilustre prócer y un maestro de la lengua materna.

Con nombrar a don Miguel Antonio Caro bastará decir que hemos nombrado al príncipe de las letras colombianas y al más noble cultivador de la lengua castellana. Amó la literatura madre con el amor de un humanista verdadero, y su *Tratado del participio*, en que combatió la doctrina de Bello, es, según el mismo señor Cuervo y el docto señor Suárez, un tratado magistral. Y al citar a este último tenemos que recordar que dos obras de gran mérito abonan su labor en pro de la lengua castellana, sus *Estudios gramaticales*, de que ya hablamos, y *El castellano en mi tierra*, precioso estudio sobre el castellano en Antioquia.

Pero todos estos meritísimos esfuerzos no han evitado la decadencia del estudio y cultivo asiduo y cariñoso de la lengua materna en Colombia. La anarquía más completa reina en las enseñanzas gramaticales, debido a la introducción de textos sin consulta, sin consejo, y sobre todo, sin amor a la lengua propia. Hemos visto en manos de los niños una *gramática castellana* traducida de una francesa, y no ha faltado director de escuela oficial que afirme la nulidad de la cátedra de castellano. La época clásica en que Caro, Cuervo, Suárez, Uribe Uribe competían en fervor por el idioma de Castilla parece que hubiera desaparecido para siempre. Sería necesaria la poderosa acción oficial para unificar los estudios gramaticales, en el sentido de Bello, sin que por eso dejáramos de reconocer la autoridad necesaria de la Academia Española. En el Colegio del Rosario, por fortuna, se mantiene aún vivo el culto de las letras latinas y castellanas, en toda su amplitud, como en tiempos mejores, y por este concepto, como por muchos otros, allí no menguan la religión ni el patriotismo.

LUIS MARIA MORA

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—Número 16.—Bogotá, mayo 17 de 1919.

Señor Ministro de Instrucción Pública.—E. S. D.

Cábeme la honra de informar a ese Despacho sobre la marcha del Colegio del Rosario de un año a esta parte.

Como lo dije en mi anterior informe, la suma de \$ 30.000 que el Congreso de 1917 apropió para la restauración del edificio resultó insuficiente por haberse hecho el pago al Colegio en vales de Tesorería que fue preciso vender con descuento considerable. Me